

La causa de la crisis, intacta

Desequilibrio ahorro/inversión en EE.UU.

Por: Edgar Gutiérrez

Los expertos siguen buscando respuestas. ¿Qué provocó, a fin de cuentas, la crisis financiera de octubre 2008? The Economist no cree que fue sólo la viveza de unos ejecutivos cobrando cifras exorbitantes o banqueros voraces, ni siquiera la baja regulación de los mercados.

Estas habrían sido consecuencias; y los actores (responsables) aunque sean escarmentados o el régimen financiero esté más vigilado, no podrían conjurar una siguiente crisis. Las causas siguen intactas. Se trata de un desequilibrio entre ahorro e inversión (déficit estructural en la cuenta corriente de EE.UU.) que involucra, en mayor o menor medida, a todas las economías.

Mientras EE.UU. gastaba, a su sistema llegaban voluntariamente inversiones y depósitos de todo el mundo. Las riquezas creadas en nuestros países no se reinvierten, preferentemente, aquí. Hay más confianza en los mercados financieros y de inversiones en EE.UU. y en otros países del norte, como Inglaterra. Aquellos gozan del prestigio del desarrollo, la seguridad y la eficiencia.

Ahora, en EE.UU. no había tanta demanda de inversionistas productivos, como dinero en sus bancos. Había que tener imaginación para mover esa plata. Primero, los ejecutivos financieros se sirvieron buenas tajadas y, luego, crearon el circo, con lo cual ganaron más: vendieron por doquier paquetes de inversión con todo y virus (bienes y valores perdidos), ofreciendo atractivas ganancias de corto plazo. El circo especulativo arrastró los mercados de alimentos y energía.

Entre tanto, olvidamos el desequilibrio entre ahorro e inversión. Todos los expertos coincidían en que la situación era insostenible, pero tanta bonanza trasladaba el escenario de la debacle a tiempos mediatos. El dólar se mantenía firme: era el único pronóstico no cumplido. Muchas economías llenaban sus arcas de reservas en dólares, mientras devaluaban sus monedas para hacer más competitivas sus exportaciones.

El estallido ocurrió porque los bancos ya no pudieron respaldar las inversiones riesgosas. Pero después de la implosión el dólar sigue firme. Medio mundo, que posee valores en esa divisa, no está interesado en debilitarla, al contrario. Pero la falla sigue y no se ve luz al final del túnel.

Quizá lo único que quede es que el todavía fiable mercado financiero de EE.UU. sirva de intermediario con el resto del mundo a través de una nueva arquitectura financiera global, pues donde se necesita el dinero –que es acá– no hay.